



Comisión 3. Delito, castigo y sociedad

Título: Sobrevivientes: campos, marcas y eternidades

Autoras: María Angélica Palombo¹ y Nancy Cardinaux²

*Hemos viajado hasta aquí en vagones sellados;
hemos visto partir hacia la nada a nuestras mujeres y a nuestros hijos,
convertidos en esclavos hemos desfilado cien veces ida y vuelta al trabajo mudo,
extinguida el alma antes de la muerte anónima.
No volveremos. Nadie puede salir de aquí para llevar al mundo,
junto con la señal impresa en su carne,
las malas noticias de cuanto en Auschwitz
ha sido el hombre capaz de hacer con el hombre.*

Primo Levi³

¹ Psicoanalista (UBA), Directora de Encuentro Clínico.

² Doctora en Derecho (UBA), Investigadora Adjunta del Conicet-UNLP.

³ Levi, Primo, Si esto es un hombre, en *Trilogía de Auschwitz*, El Aleph Editores, 2006, p.81.



Vivir y sobrevivir

En principio, cuando utilizamos el término *vivir* lo hacemos pensando en un aprovechamiento intenso del período biológico que nos toca en suerte. Hablamos entonces de las personas que viven en el sentido de que tienen deseos de vivir y condiciones para hacerlo.

Respecto del término *sobrevivencia*, destacaremos en principio dos sentidos diferentes:

a) Cuando usamos la palabra *sobrevivencia* nos referimos a veces a un plus, a un momento adicional que el tiempo nos concede luego de haber atravesado un trance cercano a la muerte o a la destrucción. Hemos salido relativamente indemnes de alguna circunstancia especialmente peligrosa y traumática: accidentes, guerras, naufragios, persecuciones y todo tipo de catástrofes naturales, sociales, políticas.

b) Pero también utilizamos el término *sobrevivir* cuando pensamos en personas que viven vidas difíciles, duras, desprovistas de alegría.; seres que conciben cada hora como un esfuerzo más, se despiertan y se dicen que tienen que pasar el día, que tienen que atravesar horas y horas de tedio ,de actividades que no los motivan, de relaciones que no los satisfacen. Al final de la jornada constatan que, felizmente, ya pasó un día más. Para estas personas la vida es una especie de dolorosa *sobrevivencia*. ¿Quién puede dudar de que los días de estos seres son apenas un arrastrarse en una existencia que sienten como una imposición? Para un observador la conclusión es sencilla: esos seres no viven sino que sobreviven, en el sentido de que están desvitalizados, carentes de imaginación, de interés, de entusiasmo.

En circunstancias de *sobrevivencia*, sea cual fuere su origen, pueden producirse muy distintos estados de ánimo:

a. Hay quienes experimentan un sentimiento de euforia por haber superado una situación extremadamente complicada y se sienten agradecidos con el destino, Dios, el azar o con quien fuere .La vida les ha dado una segunda oportunidad y ellos deben aprovecharla. Y eso significa saborear intensamente cada minuto, no dejar que la repetición y la rutina anulen los efectos de esa segunda vuelta.



- b. Otras personas, en cambio, quedan marcadas por una angustia muy fuerte, por un sentimiento desolador, por una vivencia de alma arrasada que los acompaña el resto de sus vidas. Pueden experimentar felicidad, pero desde un fondo de sombra y tristeza que nunca los abandona.
- c. Hay también personas que no le pueden perdonar el sufrimiento que han sentido ni a la vida ni a Dios ni al prójimo. Se transforman en resentidos y desean que el mundo pague por lo que les ha pasado. Y nunca hay indemnización que alcance para resarcirlos.
- d. Algunos no pueden soportar la sobrevivencia y se autodestruyen. Tarde o temprano eligen el suicidio. Decía Camus: *“ Cuál es, pues, ese sentimiento incalculable que priva al espíritu del sueño necesario para una vida? Un mundo que se puede explicar hasta con malas razones es un mundo familiar. Pero, por el contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño. Es un exilio sin remedio, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida”* ⁴

En un sentido amplio podríamos decir que no hay diferencia alguna entre vivir y sobrevivir. ¿Acaso no podemos todos considerarnos sobrevivientes de las determinaciones que nos impuso nuestra familia, la escuela, los amigos, la sociedad toda, las leyes? Sobrevivimos al destierro de nuestra primera patria perfecta, el seno materno, y de ahí en adelante nos sobreponemos al amor, a la educación, a las obligaciones, a la gentileza y aún a la complacencia de los otros. Y superamos también los obstáculos que nos impone la vida: el dolor, los abandonos, los fracasos, la certidumbre de nuestra impotencia. Habitualmente se supone que cuando uno ha atravesado ese tipo de pruebas y ha sobrevivido a ellas con cierta integridad, puede considerarse una persona relativamente madura.

En un sentido estricto, que es el que vamos a aplicar de ahora en adelante, hablaremos de sobrevivencia sólo en el caso de personas que hayan atravesado circunstancias muy penosas ya sea en un período acotado, como sucede con las víctimas de la Shoah, o en su vida entera, como aquéllos que han vivido permanentemente en condiciones muy desafortunadas (pueblos originarios, habitantes de zonas muy pobres o carentes de recursos, etc.

⁴ Camus, Albert, *El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo*, Buenos Aires, Losada, 1967, p.15.



Los graves daños psíquicos, morales y sociales que ponen en peligro la vida o la integridad de las personas

Trataremos ahora de identificar las circunstancias que representan amenazas muy serias a la vida y el psiquismo de los seres humanos. Si comenzamos por hablar de los daños psicológicos, entendemos por dicho daño todo aquello que altere la constitución y el desarrollo del aparato psíquico y que produzca graves heridas en la autoestima de las personas. Incluimos en esta lista todo tipo de pérdidas, ya sean sufridas o temidas. Producen daño vivir con el miedo a la pérdida de la propia vida y con el miedo a la pérdida de los seres queridos, el temor a la pérdida del amor de los padres y de otros seres significativos para el sujeto, así como la angustia frente a la posible pérdida de funciones físicas o intelectuales, la pérdida de los bienes, el trabajo, el país de origen.

Debemos incluir también el miedo a perder la dignidad, la confianza en los otros, los ideales. No suele incluirse en esta nómina la pérdida de la humildad, pero sabemos que es éste un grave riesgo que padecen aquellos que son marcados por el éxito. Las pérdidas temidas o efectivamente ocurridas se agravan en el caso de que se trate de muertes sin aparición de los restos del ser querido. Lo hemos visto en los padecimientos de los familiares de los desaparecidos de la dictadura, pero también lo podemos detectar ante el secuestro de menores y el extravío de mujeres en las redes de la trata de blancas. Los que han atravesado accidentes que les han dejado secuelas importantes pueden considerarse sobrevivientes dañados desde el punto de vista psíquico y físico. A estos daños debemos agregar los que sufren quienes han nacido con graves deficiencias físicas o mentales o que han perdido funciones durante su desarrollo. Podemos incorporar también a los que han pasado por graves circunstancias sociales, como falta de oportunidades y profundas injusticias, quienes han pasado por reformatorios, cárceles, centros de detención, etc. Un caso extremo está representado por los famosos niños lobos, en los cuales es posible discutir si la sobrevivencia tiene características humanas. Desde el punto de vista psicológico, cuanto más temprana es la pérdida, más catastróficos serán sus efectos sobre el desarrollo.

Aquellos cuyo sufrimiento no es atribuible a la naturaleza sino a factores sociales guardan un explicable rencor hacia el resto de la sociedad y tienen dañada –en algunos casos para siempre– su capacidad de establecer relaciones con los otros. No es extraño que estos sobrevivientes tengan



actitudes extremadamente hostiles hacia quienes han vivido en condiciones mucho más favorables. Esos otros han gozado de lo que el sobreviviente no gozó y a causa de ese privilegio, ha mermado su posibilidad para disponer de los bienes escasos. Lo que los otros derrocharon, aquello que les sobró, hubiera alcanzado para alimentar, vestir, educar a quienes han sido privados de todos esos bienes y servicios.

El maltrato muchas veces proviene de los seres más próximos, justamente de aquellos que debían proteger al sujeto. Los que dañan son aquí los padres, los esposos, los maestros. También son los hijos cuando pueden dominar físicamente a sus padres o los alumnos cuando se vuelven contra sus maestros. Se plantea aquí una asimetría ya sea en el molde clásico o bien en uno que llama más la atención porque corroe los criterios de autoridad que hasta hace poco parecían inmovibles.

Todas las situaciones precedentemente enumeradas pueden conducir a la muerte o a un grave deterioro de los sujetos. Sobrevivir a estas instancias es difícil e invariablemente deja secuelas.

Las estrategias de sobrevivencia

Las estrategias de sobrevivencia han sido y son siempre muy variadas. La noción común que subyace a todas es el concepto de resistencia. Lejos de plantearse acciones heroicas, llenas de honor y dignidad, reivindicadoras del propio narcisismo, la sobrevivencia requiere de paciencia, humildad, astucia, capacidad de observación, talento para la negociación.

Desde luego no es lo mismo sobrevivir a las penurias de un campo de concentración, a la crónica miseria de condiciones de vida inaceptables, a un medio geográfico hostil, a una situación familiar perversa. No es lo mismo combatir condiciones de vida duras pero que no ponen en juego la dignidad del que intenta sobrevivir que ser humillado y soportar que a la agresividad del medio se una la terrible certeza de ser considerado menos que humano, como ocurre con muchas poblaciones marginales, como ocurrió con los indios en la época de la Conquista, los judíos en la época del nazismo o como ocurre todos los días con mujeres y niños golpeados y vejados dentro de sus propias familias. En algunos casos sólo se pone en juego la capacidad física de resistencia. En otros es necesario experimentar por lo menos un mínimo de rebeldía frente a la acción salvaje que tiende a deshumanizar a las víctimas y hacerlas sentir como no merecedoras de un trato respetuoso.



En los campos de concentración, tal como lo testimonia Primo Levi, la desesperación por sobrevivir tomaba diferentes caminos: algunos se iban acostumbrando a intercambiar todo lo que podía ser negociable: un plato de sopa, media papa, cordones de zapatos, una escoba. El que se rebelaba contra el maltrato no tenía más camino que la muerte. El que podía resistir debía ocuparse de subsistir día a día, concentrar en eso sus esfuerzos. Dice Primo Levi *"...la ración alimenticia era del todo insuficiente incluso para el prisionero más sobrio. Consumidas en dos o tres meses las reservas fisiológicas del organismo, la muerte por hambre o por enfermedades causadas por el hambre era el destino habitual del prisionero. Sólo podía evitarse con un suplemento alimenticio y ,para obtenerlo, se necesitaba tener algún privilegio, grande o pequeño; es decir, un modo conferido o conquistado, astuto o violento, lícito o ilícito, de elevarse por encima de la norma."*⁵

El objetivo claro era comer más y, si era posible, escapar de ciertos castigos físicos. Quizás, tener ropa un poco más abrigada o zapatos menos rotos. El que no lograba conservar sus zapatos o la cuchara ,el que se llenaba de piojos o sarna muy probablemente se iba consumiendo hasta transformarse en lo que en los campos se denominaba un "musulmán", es decir, alguien que ya no tenía ninguna chance de sobrevivir.

Cualquier posibilidad de ocuparse de una tarea específica brindaba la oportunidad de aguantar un día más: *"...barrenderos, lavaplatos, guardias nocturnos, hacedores de camas (que se aprovechaban, aunque fuese para lograr mezquinas ventajas, de la manía alemana por las literas bien planas y en perfecta escuadra) detectadores de piojos y sarna, mensajeros, intérpretes, ayudantes de los ayudantes. En términos generales eran pobres diablos como nosotros que trabajaban la jornada completa como todos los demás pero que, por medio litro de sopa suplementario, se amoldaban a realizar éstas y otras funciones "mediadoras": inocuas, a veces útiles, muchas inventadas de la nada."*⁶

Un caso distinto es el de los que sobrevivían por ejercer funciones más útiles para los guardias dentro del campo: los *Kapos*, que custodiaban a los prisioneros, o los miembros de las Escuadras especiales, que tenían como función la de ocuparse de todo lo relativo al exterminio y cremación de sus compañeros, así como a la clasificación de sus pertenencias.

⁵ Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, en *Trilogía de Auschwitz*, pág.501

⁶ Levi, Primo, *ib*, p 505.



Los *Kapos* eran elegidos entre criminales comunes, prisioneros políticos quebrados o judíos de carácter bastante especial. Según Levi, era una posición buscada por sádicos, frustrados y oprimidos identificados con los opresores. Los miembros de las escuadras especiales tenían como ventaja que podían comer en abundancia. A cambio de ello debían realizar la tarea más ingrata de los campos, el asesinato y traslado de los restos de los otros miembros del *Lager*. El privilegio de estos desdichados era breve, porque los nazis se encargaban de que estos grupos no sobreviviesen, de modo que no pudieran relatar lo que allí dentro pasaba.

Decimos entonces que diferenciarse, en el sentido de cumplir con una función que, para la lógica de los nazis fuera útil, podía representar una cierta posibilidad de sobrevivida. Esto iba desde ejercer oficios inofensivos hasta traicionar a los compañeros y mimetizarse con los verdugos, como era el caso de la mayoría de los *Kapos*. El que no se diferenciaba, quedaba irremediamente entregado a la lógica del azar. La mayoría de ellos murió: *"...no somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos. Esta es una idea incómoda, de la que he adquirido conciencia poco a poco, leyendo las memorias ajenas, y relejendo las mías después de los años. Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua: somos aquellos que por sus prevaricaciones, o su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo. Quien lo ha hecho, quien ha visto a la Gorgona, no ha vuelto para contarlo, o ha vuelto mudo; son ellos, los "musulmanes", los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general. Ellos son la regla, nosotros la excepción."*⁷

En el campo, para los prisioneros judíos, la estrategia para sobrevivir era pasar lo suficientemente desapercibidos como para no ser objeto de agresión, y al mismo tiempo diferenciarse de alguna manera para no mostrarse como una piltrafa y, cuando se daba la oportunidad, ocuparse de alguna tarea que permitiera condiciones de vida menos rigurosas pero –y esto era acaso lo más enloquecedor– aún así ninguna estrategia podía vencer al horror del azar y de la arbitrariedad. Primo Levi cuenta cómo, en la última selección efectuada en el *Lager* donde estaba confinado, él fue elegido para sobrevivir mientras que un compañero, \que pasó inmediatamente antes que él, fue seleccionado para morir. ¿La causa? Levi piensa que se trató de un error de fichas y que, en razón de sus respectivos estados físicos, seguramente él es el que había sido destinado a la cámara de gas.

⁷ Levi, íb, p. 542.



Al respecto comenta: *"No hay por qué asombrarse de estas equivocaciones: el examen es muy rápido y sumario y, por otra parte, para la administración del Lager, lo importante no es tanto que sean eliminados precisamente los inútiles, como que queden rápidamente libres los sitios de acuerdo con determinado tanto por ciento establecido."*⁸

Una resistencia callada y sufrida la observamos también en los miembros de pueblos oprimidos que, esporádicamente, plantean rebeliones más o menos cruentas, pero que tienen casi nulas posibilidades de triunfar en su alzamiento. En esos casos lo fundamental es la transmisión generacional de su cultura que permanece como el bastión sobre el que nada puede hacer el invasor o el conquistador. El arte, el lenguaje dan cuenta de la sobrevivencia, si no de esas personas en forma individual, sí de los tesoros de su condición humana.

Tanto en el caso de los campos (o ghettos) como en el de estos pueblos, la rebelión es un acto heroico con mínimas posibilidades de éxito. Levi dice *"Los prisioneros que intentaron fugarse, por ejemplo, de Auschwitz, fueron pocos centenares, y los que lo lograron fueron unas pocas decenas, La evasión era difícil y extremadamente peligrosa: los prisioneros estaban debilitados, además de desmoralizados, por el hambre y los malos tratos, tenían la cabeza rapada, ropas de rayas inmediatamente identificables, zapatos de madera que impedían el paso rápido y silencioso; no tenían dinero y, en general, no hablaban polaco, la lengua local, ni tenían contactos en la región(...). Además, para reprimir las fugas se adoptaban represalias feroces..."*⁹

En el caso de situaciones perversas dentro de la familia, cuando el maltrato de uno o varios de sus miembros se convierte en una costumbre cotidiana, la estrategia que suelen usar las víctimas es la de resistir en silencio y permanecer dentro del grupo. Eso es lo que los especialistas tratan de combatir, la idea de permanencia, cuando en estos casos precisamente la única estrategia de sobrevivencia posible pasa por la inmediata salida de ese grupo enfermo. O se logra que el agresor se vaya del grupo familiar, o los miembros humillados deben abandonar su lugar de pertenencia e iniciar una vida nueva en otro lugar.

En términos generales, sobrevivir en el recuerdo de los otros, en el hijo, en la escritura, en las obras, son modos culturales reconocidos y alentados que tienen una cierta eficacia, aunque, desde luego, no se refieren a la continuación de la vida sino a una sobrevivencia simbólica.

⁸ Levi, Primo, Si esto es un hombre, p.165.

⁹ Levi, Primo, Si esto es un hombre, p. 222/223.



La capacidad de adaptación es un recurso que suele ser mencionado como fundamental dentro de las estrategias de sobrevivencia. Poder acomodarse a situaciones, oficios o comunidades extrañas es ciertamente un recurso que habilita para ser aceptado e incluso para ser promocionado dentro de una empresa o en cualquier grupo humano. Pero es tema de discusión ética hasta dónde debe llegar la adaptación del sujeto. Un film de los 70, Pascualino Siete bellezas,¹⁰ permite que nos interroguemos acerca de los alcances y los límites de nuestra capacidad de sobrevivencia. En uno de los momentos más importantes de su trama, al protagonista, Pascualino, un italiano prisionero en un campo nazi, se le ocurre que una forma de escapar de la muerte es seducir a la comandante del lugar. Arma toda una estrategia para cumplir con su propósito y finalmente consigue que la alemana se percate de su existencia y le exija que haga el amor con ella. El al principio no puede concretarlo, porque está débil y tiene hambre. Ella lo alimenta como a un perro y le exige que esta vez tenga una erección porque si no lo va a matar. El finalmente lo logra y la comandante le comenta, muy despreciativamente, que su sed de vida le da asco. Lo llama: "*larva subhumana mediterránea*" y reflexiona que mientras él y todos lo que son como él se arrastran para sobrevivir un día más, los alemanes, en cambio, pueblo lleno de ideas e ideales, seguramente van a sucumbir. Pascualino es luego obligado a seleccionar para la muerte a seis compañeros y, por último se le ordena disparar a su amigo. Aunque se angustia muchísimo y al principio no obedece esta última orden, finalmente lo hace, instado en parte por su propio amigo. Cuando vuelve a su pueblo de origen se encuentra con que su madre, su hermana y la joven que quería se transformaron en prostitutas para sobrevivir. Todos, está claro, tuvieron que venderse para salir vivos. El film pareciera decir que la capacidad humana para adaptarse es verdaderamente muy grande. Pero la mirada con la que vuelve Pascualino ya es otra. Pareciera que vuelve del infierno, como si se dedujera de esta historia que estos actos dejan marcas absolutamente imborrables.

Otra estrategia posible es la negación. El genio de Hitchcock ¹¹planteó esta posibilidad en el film *Vértigo*, en el que su protagonista, para sobrevivir a la pérdida de su gran amor, modela su imagen en la de la que él cree otra mujer, muy parecida a la perdida. Ante pérdidas muy traumáticas, el psiquismo se niega a soportar el dolor intolerable y desarrolla una fantasía que trata de disfrazar lo

¹⁰ Wertmuller, Lina, *Pascualino Siete Bellezas*, Italia, 1975.

¹¹ Hitchcock, Alfred, *Vértigo*, USA, 1958.



sucedido. Otro ejemplo de esto lo encontramos en el film francés *Olivier Olivier*¹², en el que una pareja de padres pierde a su hijo pequeño y trata a toda costa de encontrar parecido entre aquel niño y otro que ha sido hallado para negar que su hijo ha muerto. En *Bajo la arena*¹³ una mujer se niega a aceptar la muerte de su marido y sobrevive esperando que el hombre retorne, a pesar de todos los indicios que le marcan que su esposo se ahogó en el mar.

Las funciones de los grupos para asegurar la sobrevivencia

Cuando el grupo mantiene su cohesión, la sobrevivencia de sus miembros tiene muchas más chances de hacerse realidad. El pánico es un fenómeno en el que el grupo se disuelve, todos corren para cualquier lado, todos se atropellan, cada uno quiere llegar primero a la puerta, a la salida, a lo que fuere que esté garantizando una posibilidad de vida. Ya se trate del grupo familiar, de la pareja, del grupo étnico, del agrupamiento político, siempre se cumple esa función de protección. Es conocido entre los psicólogos el hecho de que en una pareja, cuando uno de los miembros muere, el otro corre serios riesgos de no sobrevivir, especialmente cuando se trata de personas de edad avanzada.

Ahora bien, esta función del grupo también tiene sus límites. Una secta, por ejemplo, ofrece muchas posibilidades de protección, continencia y desafío a las angustias de la vida, pero con un costo psíquico notable y con un borramiento de la identidad del sujeto. El espíritu de cuerpo no suele soportar las objeciones individuales, ni los medios tonos ni las ambigüedades. Si el objetivo es ser todos uno, es lógico pensar que la reivindicación de las diferencias individuales es un obstáculo para el cumplimiento de esa finalidad. En medio de una batalla, a nadie se le ocurriría decir que tiene objeciones por el modo en que la misma fue planificada. La estricta obediencia a las órdenes del jefe es lo que va a garantizar la sobrevivencia de la mayoría.

La cultura actual tiende a exaltar la individualidad y las salidas personales a los problemas. Todos deberíamos transformarnos en estrategias de la supervivencia para poder hacer frente a los peligros del mundo exterior. La acción benéfica del grupo es poco valorada; se tiende a desconfiar del valor de la comunidad, de la familia, de los sindicatos.... En nombre de una lucha contra lo corporativo se

¹² **Holland, Agnieszka, *Olivier, Olivier*, Francia, 1992.**

¹³ **Ozon, Francois, *Bajo la arena*, Francia, 2001.**



trata de disolver las alianzas que podrían asegurar la supervivencia de pequeños grupos o de individuos que así, aislados, tienen muy pocas posibilidades de defenderse.

Las salidas individuales descansan sobre la noción de las probabilidades. Si nos apartamos del grupo, tal vez entremos en el pequeño número de los que se salvan y a la vez nuestra acción tendrá la calidad heroica que en nuestro tiempo no se suele conceder a las acciones colectivas. El "sálvese quien pueda" al que una y otra vez se remite como símbolo de nuestra ética hace referencia a un poder individual, que a lo sumo puede servirse de los otros pero no unirse a los otros.

Separarse y confundirse en la masa informe, indiferenciada son dos movimientos que no necesariamente se oponen. La masificación es muchas veces el único momento en que se siente que se pertenece a algo, que todo se aclara, que se disuelven las dudas. Y en ese momento cada cual parece encontrar una identidad que no es colectiva sino personal pero acrítica, débil, despojada de cualquier capacidad de reflexión. Quienes se reúnen a drogarse, a escuchar música cada cual con sus propios auriculares, a bailar como sonámbulos sin que el ruido permita cruzar una palabra, están profundamente solos, aislados pero también sienten que forman parte de algo, algo que les evita enfrentarse a ellos mismos, conectarse con esa cuerda, con ese sonido propio que permite cimentar una identidad individual.

En *La nueva vida*, Pamuk¹⁴ describe una vida que empieza a partir de la lectura de un libro, que bien podría tener las características de los textos religiosos que anuncian, que revelan, que dan sentido. Pero aquí el descubrimiento del libro solamente al principio origina la necesidad de formar una secta de seguidores. Rápidamente esos seguidores entran en competencia y hasta empiezan a matarse los unos a los otros. El texto no une sino que disgrega, funda la persecución pero no de un grupo sobre el otro sino de los seguidores entre sí.

De lo analizado podemos deducir entonces que, en algunos casos, en algunos momentos de la vida, en algunos períodos culturales, el grupo asegura la sobrevivencia. Lo vemos en el caso del grupo familiar respecto de la sobrevivencia del niño, en el de las utopías socialistas que consideraban que era el grupo social el que iba a permitir una sobrevivencia digna de sus miembros. Lo percibimos también en los grupos que se constituyen alrededor de la defensa de ciertos valores

¹⁴ Pamuk, Orhan, *La vida nueva*, Colonia Suiza, Alfaguara, 2007.



éticos, de ciertos compromisos políticos, de ciertas situaciones límites que requieren de la unión de los que padecen el mismo problema.

Esta garantía del grupo es más propia de las comunidades y de las relaciones primarias en tanto que el desarrollo de la posmodernidad ha descalificado severamente los lazos comunitarios desde el punto de vista personal, social, político y moral.

La importancia de las explicaciones para sobrevivir

Sobrevivir implica, básicamente, poder resistir a un acontecimiento muy duro con recursos físicos y psíquicos. Entre estos últimos está la capacidad para pensar razones por las cuales ese suceso ha ocurrido. Darse una explicación representa un consuelo y una posibilidad de no enloquecer.

Es frecuente que, en ocasión de un gran desastre natural o personal, los creyentes se pregunten cómo es posible que Dios haya permitido semejante desatino. César Vallejo cantó: "*Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé.../ golpes como del odio de Dios.*"¹⁵ El odio de Dios es invocado frente a un terremoto, un huracán, una inundación. Y también frente a una desgracia familiar o una pérdida importante. Desde el punto de vista psicoanalítico, este tipo de acontecimientos puede revelar la falta de amor de instancias superiores, encarnadas en la idea de Dios. Sabemos que ellas siempre remiten a los padres, quienes estarían castigando a sus hijos por algún pecado que estos cometieron. El odio de Dios representaría entonces el enojo parental frente a la conducta del niño. Allí hay una explicación: esto ocurrió porque yo actué mal, fui castigado por mi maldad. Es una explicación inquietante pero arma una racionalidad en torno del suceso.

En ocasiones los ciudadanos inquietan qué hizo el Estado para prevenir o evitar un acontecimiento terrible. La necesidad de encontrar responsables marcha junto a la evidencia de que, efectivamente, los hechos penosos podrían ser evitados, en su gran mayoría, si se tomaran las precauciones del caso. En tales circunstancias, uno tiende a pensar que los responsables han actuado con negligencia o impericia, y generalmente esta presunción es cierta. En todos estos ejemplos, se trate de Dios o del Estado, los sobrevivientes pueden identificar un responsable o en todo caso pensar en posibles

¹⁵ Vallejo, César, *Los heraldos negros*, Buenos Aires, Losada, 2006, p. 11.



causas o causantes de los que les ha ocurrido y pueden pensar su sobrevivencia como un desafío, como una salvación, como una casualidad, como un castigo.

La situación más torturante es aquella en la cual la sobrevivencia parte de un hecho azaroso o impregnado de maldad gratuita. Respecto de esto, decía P. Levi: *"... Yo creo que los doce años hitlerianos han compartido su violencia con muchos otros espacio-tiempos de la historia, pero que se ha caracterizado por una generalizada violencia inútil, que ha sido un fin en sí misma, que ha estado dirigida exclusivamente a causar dolor; a veces con un propósito determinado pero siempre redundante, fuera de toda proporción respecto del propósito mismo"*.¹⁶

Ese sentimiento no es privativo de los individuos sino que toda una cultura puede sentir el cimbronazo del azar o de la locura. Dice Safranski: *"Hitler significa una ruptura en la historia reciente. Auschwitz se ha convertido en un mito fundacional negativo. Las fuerzas asesinas y bárbaras que dormitan en la civilización humana se revelaron en una forma sin precedentes, se abrió un abismo. A partir de Auschwitz, la cultura occidental está señalada por el nihilismo. Ya antes se sabía que las culturas son perecederas. Pero se había conservado siempre la fe en un fondo de orden en el mundo. Más tarde, la fe en el progreso histórico constituyó el gran argumento en favor de la fiabilidad. Pero después de Auschwitz la cultura mira a sus propios logros en contraste con lo que se mostró allí. Desde Auschwitz, el progreso de la cultura se mide por la distancia que ésta marca frente a las posibilidades de horror inherentes a ella. Ya no se mide, pues, por una idea del ser perfecto, sino por la posible nada del infierno moral"*.¹⁷

Los recursos que sirven para explicarnos los hechos traumáticos, además de la pura racionalidad, tiene que ver con el ejercicio de la imaginación. La niña protagonista de *El Laberinto del Fauno*¹⁸ se encuentra de pronto en un medio hostil. El mundo paradisíaco que había conformado con su madre es roto en el momento en que ésta, acaso en un intento de supervivencia, se casa con un militar franquista. Este hombre terrible e impiadoso se interpone entre ellas pero no como una expresión normal de la función separadora del padre sino de una manera perversa y despótica. La niña genera un mundo imaginativo que le permite soportar las duras condiciones de vida que pretende imponerle el marido de su madre. La fantasía no permite la sobrevivencia física de la

¹⁶ Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, en *Trilogía de Auschwitz*, Océano p. 561.

¹⁷ Safranski, Rüdiger, *El mal o el drama de la libertad*, Barcelona, Tusquets, 2000, p. 228.

¹⁸ Del Toro, Guillermo, *El laberinto del Fauno*, México-España-USA, 2006.



protagonista, pero sí asegura un cierto resguardo de su psiquismo, amenazado de ser devastado por ese cruel padrastro. En esas imágenes maravillosas y terribles anida su más profunda subjetividad. Es cierto que muere, pero aún su muerte y su última gota de sangre tienen dentro de su fantasía un sentido, salvan, no a ella misma, pero sí a otro, a su hermano recién nacido, que no será marcado con el nombre del padrastro. Su función es hacer que ese niño sobreviva humano, que no sea el hijo de aquel padre, y que el nombre del padre sea borrado de la faz de la tierra.

Las marcas de la sobrevivencia

Si volvemos a la mirada con que regresa Pascualino, dudamos del tipo de vida que podrá llevar en adelante. En un film húngaro, *Sin destino*¹⁹, el protagonista, un joven que es confinado a un campo de concentración, vuelve a su Budapest natal. Allí se encuentra con gente que no pasó por ninguna experiencia como las de los prisioneros. Es gente que desea que se aleje, que se vaya a otra parte con su mugre y sus historias dolorosas. Cuando se le pregunta al adolescente qué es lo que siente en ese momento, viajando en un tranvía del que lo quieren obligar a bajar porque no tiene plata para el boleto, sólo puede decir que siente odio. El experimentó cierta felicidad en el campo, la confraternidad con algunos de sus compañeros, la lucha diaria por la sobrevivencia. Esta ciudad a la que vuelve y estas personas a las que reencuentra ya no le pertenecen. La gente lo rechaza, él rechaza a los que lo reciben. De ahí en más estará casi obligado a la felicidad.

Los psicólogos conocen muchos casos de personas que han sido rescatadas de condiciones de vida muy penosas. Saben que lo más difícil es lograr que alguien se acostumbre a estar mejor. Generalmente lo que se ha dejado atrás tiene un peso terrible. Muchas veces la culpa impide toda posibilidad de disfrutar la vida que ha sobrevenido después de esa experiencia.

Ya hemos hablado de una de las marcas más terribles de la sobrevivencia: el resentimiento. Este, junto con el sentimiento de culpa, impiden que el sobreviviente pueda disfrutar de la felicidad propia o ajena. La literatura está poblada de historias de individuos que vuelven desde zonas cercanas a la muerte con una gran carga de agresividad, como el *conde de Montecristo*, la criatura

¹⁹ Koltai, Lajos, *Sin destino*, Hungría-Alemania-Inglaterra, 2005.



de *Frankenstein*, los veteranos de Vietnam, la protagonista de *Kill Bill*²⁰. En este último caso, el personaje encarnado por Uma Thurman regresa a la vida con la intención de tomar venganza de todos los que participaron en el intento de asesinarla. Así como en el caso del conde de Montecristo, ella se prepara largamente y pasa todo tipo de penurias para poder consumir su venganza. Esa venganza da sentido a la vida. Mientras el deseo de concretarla está encendido, puede mitigarse el efecto doloroso de los años perdidos y todo se orienta hacia un fin que se convierte en el único horizonte posible.

La contracara de la culpa es el orgullo de haber sobrevivido, que a veces se viste de gratitud hacia los dioses, la naturaleza o los otros, según a qué razones se atribuya la salvación. Las marchas del orgullo gay, de los veteranos de guerra, la celebración de cada aniversario de una revolución son muestras de este orgullo por haber vencido la adversidad.

En algunos casos lo que queda es el deseo de solidarizarse con otros que padezcan o hayan padecido penurias semejantes. Pareciera por otra parte que ellos son los únicos que pueden comprender cabalmente a los sobrevivientes. Este deseo de ayudar a otros o el deseo de que eso que pasó sirva para que no vuelva a pasar son marcas socialmente positivas, en tanto la acción se orienta no a la venganza sino hacia la solidaridad, la empatía con los otros.

Quizás pueda entenderse que los tatuajes y *piercing* de los adolescentes de la cultura occidental son un indicador de su pertenencia a grupos que han logrado sobrevivir, como lo fueron en otros tiempos para los marinos y en la actualidad para los presos. Primo Levi dice, a propósito del tatuaje: *Cuarenta años después, mi tatuaje forma parte de mi cuerpo. No me vanaglorio de él ni me avergüenzo, no lo exhibo ni lo escondo. Lo enseño de mala gana a quien me pide verlo por pura curiosidad; lo hago enseguida y con ira a quien se declara incrédulo. Muchas veces los jóvenes me preguntan por qué no me lo borro, y es una cosa que me crispa: por qué iba a borraré? No somos muchos en el mundo los que somos portadores de tal testimonio.*²¹

En la recepción que sus vecinos brindan al protagonista de *Sin destino*, deducimos el oculto deseo de que ese muerto vivo no hubiera regresado nunca de modo de no tener que aceptar absolutamente lo que allí había pasado. En algunos casos, los sobrevivientes sólo sienten comprensión y solidaridad de parte de otros sobrevivientes. El resto de la comunidad quiere que se callen, que no

²⁰ Tarantino, Quentin, *Kill Bill I y II*, USA 2003-2004.

²¹ Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, p. 574.



molesten, que no hagan ruido, que no cuenten, que no inquieten, que guarden sus desgracias para ellos, que se acomoden o desaparezcan. Respecto de la experiencia de los campos de concentración del nazismo, dice Victor Frankl: *"Además de la deformidad moral, consecuencia del cese repentino de la tensión psicológica, otras dos experiencias amenazaban con dañar la personalidad del hombre liberado: la amargura y el desencanto-la desilusión-que sufría al retornar a su vida anterior. La amargura se surtía del cúmulo de decepciones que el recién liberado sufría, una tras otra, al reintegrarse a su vida anterior. Se rebelaba interiormente al comprobar que en muchos lugares se le recibía con un ligero encogimiento de hombros y unas cuantas frases rutinarias. Ante estos lánguidos recibimientos, se preguntaba para qué sufrió todos aquellos horrores. Por todas partes escuchaba expresiones estereotipadas: 'No sabíamos nada'; 'nosotros también sufrimos lo nuestro'". Estos comentarios le hacían cuestionarse, con amargor: "¿Es que no tiene nada mejor que decirme?"*²²

Las fantasías de vida eterna

Cuenta el mito que la madre de Aquiles, Tetis, lo hundió en las aguas de un río sagrado para otorgarle inmortalidad. El único lugar de su cuerpo no beneficiado por ese privilegio fue su talón, que permaneció vulnerable. Aquiles rozó la posibilidad de ser un dios. Pero su sobrevivencia no estaba totalmente asegurada, puesto que era mortal.

Es clásica la postura de los que aspiran a sobrevivir a través de los hijos y, en general, de sus obras. Perpetuarse en la memoria de los otros es un recurso que sigue teniendo una cierta validez, aunque se trata de una sobrevivencia simbólica, poco confiable, degradada. Hamlet Lima Quintana lo expresó bellamente:

*Mi razón no pide piedad
se dispone a partir
no me gusta la muerte ritual*

²² Frankl, Víctor, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 1979, p.115.



*sólo dormir, verme borrar
una historia me recordará, vivo*

*Veo el campo, el fruto, la miel
y estas ganas de amar
no me puede el olvido vencer
hoy como ayer, siempre llegar
en el hijo se puede volver, nuevo²³*

La cultura nos provee de diferentes mitos e historias que nos hablan sobre seres que aspiraron a la vida eterna o que fueron condenados a ella: Drácula, Fausto, en cierto modo Dorian Gray, y, más recientemente, los múltiples héroes de films y series televisivas que nos hablan de seres a los que les han reemplazado partes de su cuerpo por dispositivos no humanos. Hay mitos sobre personas que se han congelado para volver a la vida cuando se descubra la cura para sus enfermedades. Las aspiraciones a la inmortalidad a las que hacemos referencia no son de carácter metafórico. Es el propio cuerpo el que está en juego y el que debe sobrevivir.

La tecnología es actualmente una instancia que permite el despliegue de todo tipo de fantasías acerca de una sobrevivencia no soñada hasta hace pocos años: vivir más, vivir mejor, prolongar largamente la agonía, recibir transplantes de órganos; toda la tecnología médica está al servicio del paradigma de sobrevivir sea como fuere. Dice Paula Sibilia "Asistimos al surgimiento de un nuevo tipo de saber, con un ansia inédita de totalidad. Fáustico, este tipo de conocimiento pretende ejercer un control total sobre la vida, tanto humana como no humana, y superar sus antiguas limitaciones biológicas, incluso la más fatal de todas ellas: la mortalidad. En los discursos de la nueva tecnociencia, el 'fin de la muerte' parece extrapolar todo sustrato metafórico para presentarse como un objetivo explícito: las tecnologías de la inmortalidad están en la mira de varias investigaciones actuales, desde la inteligencia artificial hasta la ingeniería genética, pasando por la criogénica y toda la farmacopea antioxidante."²⁴

²³ Lima Quintana, Hamlet, *Zamba para no morir*.

²⁴ Sibilia, Paula, *El hombre postorgánico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p.54.



Es decir que el anhelo de trascendencia ha ido transformándose cada vez más en un deseo irrefrenable de vivir para siempre. Con esto tienen que ver la pasión por las cirugías estéticas, los cuidados ultra obsesivos hacia el propio cuerpo, la necesidad insaciable de conseguir nuevas cremas, nuevas vitaminas, nuevas técnicas que permitan prolongar la vida un minuto más, un día más, un año más.

Lejos quedó la preocupación cristiana por el cuidado del alma, que era lo que iba a sobrevivir al cuerpo. Ahora se trata del cuerpo mismo, sin metáforas, sin sustituciones. En *La isla*²⁵, un grupo de hombres y mujeres acaudalados decide generar sus propios clones para utilizarlos cuando sea necesario. Los personajes así fabricados desconocen que son mero material de repuesto e intentan vivir sus vidas sin saber que éstas están supeditadas a las necesidades de los originales de los que ellos son copia. También en *Inteligencia artificial*²⁶, el protagonista es un niño creado por la tecnología para reemplazar a otro que ha muerto. Durante su vida, este clon tratará esforzadamente de ser querido como hijo y de transformarse en un ser humano, merecedor del amor de su madre.

En uno de los últimos libros del francés Houellebecq,²⁷ la trama gira alrededor de un mundo de seres que van prolongando su vida a través de sucesivas copias de sí mismos. La novela pareciera imaginar un retorno perpetuo, aunque desvitalizado y hartado, que pone de relieve una fantasía básica de la cultura actual, especialmente en los países superdesarrollados. Queda claro que las copias, a medida que se van sucediendo, van aumentando su ambigüedad y su cansancio.

Renunciar a las fantasías de vida eterna conduce necesariamente a querer prolongarnos en otros o en obras que testimonien nuestro paso por el mundo. Aferrarnos en cambio a esas fantasías nos encierra en un autismo desolador, que nos incapacita para pensarnos como seres históricos e impide que nos situemos en la cadena de las generaciones.

Como dijo Borges:

Ciegamente reclama duración el alma arbitraria

Cuando la tiene asegurada en vidas ajenas,

Cuando tú mismo eres el reflejo y la réplica

De quienes no alcanzaron tu tiempo

²⁵ Bay, Michael, *La isla*, USA, 2005.

²⁶ Spielberg, Steven, *Inteligencia artificial*, USA, 2001.

²⁷ Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, Buenos Aires, Alfaguara, 2006.



Sociedad Argentina de Sociología Jurídica



UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL
Facultad de Ciencias Jurídicas
y Sociales

8^{vo} Congreso Nacional
de **Sociología Jurídica**
"derecho, democracia y sociedad"

*Y otros serán(y son) tu inmortalidad en la tierra.*²⁸

²⁸ Borges, Jorge Luis, *Inscripción en cualquier sepulcro*, en *Fervor de Buenos Aires*, *Obras Completas*, Tomo 1, Buenos Aires, Emecé, 1989, p.35